

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 15 DE MAYO DE 1921

NÚM. 19.432

ZORRILLA ÍNTIMO EPÍSTOLARIO INÉDITO DEL GRAN POETA

La casualidad ha puesto en nuestras manos una colección de cartas de José Zorrilla. Nada más curioso que esta correspondencia sostenida entre un poeta — que, naturalmente, no entiende de negocios — y un negociante — que, como es natural también, no entiende de poesía. No podríamos hallar dos tipos más opuestos: el poeta, espíritu inquieto, soñador, desordenado; el negociante, activo, práctico, metódico. El poeta se humilla al negociante y le pide primero dinero, y luego nuevos plazos para saldar la deuda contraída. El negociante le proporciona el dinero y acepta, refunfuñando, las explicaciones del poeta excusándose de devolverlo; pero llega un día en que al negociante le van mal las cosas y pide, exige que se le pague al punto. A defenderse, a excusarse, a pedir clemencia y conmiseración se limitan la mayoría de las cartas de José Zorrilla. En unas, pinta su triste situación y recurre a efectos teatrales — como anunciar su próximo suicidio, hablar de que la cárcel o el hospital se le presentan por todo porvenir —, en los que tal vez haya un poco de farsa de hombre necesitado; y en otras se revuelve furioso contra el individuo que puede ahogarle entre montones de papel sellado.

Poco valor tienen estas cartas para el estudio psicológico de Zorrilla. No pone en ellas el gran poeta mas que la desesperación y la amargura de un hombre que a los sesenta y pico de años, conquistada su reputación, pasa por los más difíciles apuros económicos. No hay en ella tampoco literatura. El poeta no escribe para otro poeta. En estas cartas de poeta a poeta hay más literatura que sentimiento y sinceridad. Las cartas de Ganivet a Navarro Ledesma, por ejemplo, nos dan la sensación de que el primero, más que al amigo, se dirige al crítico, sino para un negociante frío, práctico, prosaico. El estilo es desaliñado, el lenguaje excesivamente crudo y frecuentes las faltas de ortografía y de sintaxis.

La primera carta, por orden cronológico, que creemos interesante, está fechada en Madrid el 2 de julio de 1885. «Hace dos meses — dice en ella Zorrilla — que me estoy deshonrando, rodando por los miedos, por los que se dan importancia abogando por mí, y no hacen nada, y, por fin, mi pensión, mi entra-

da en la Academia, todo, en fin, se me ha aplazado para octubre, al empezar la nueva legislatura.»

Ha puesto Zorrilla todas las esperanzas en esta pensión que algunos amigos han de presentar a la aprobación de la Cá-

entrada en la Academia el coste de la impresión de su discurso. En esta situación no le queda otro medio para poder pagar que vender la única obra cuya propiedad le queda (obra que tasa en diez y ocho mil pesetas) por dos mil,

lece; usted, mi amigo, un hombre como yo, de trabajo, que comprende quién soy y por qué estoy como estoy.» Si el negociante acepta, se evitará el la vergüenza de verse en la calle (hasta los muebles de Zorrilla pertenecen al negociante) y el descrédito.

Otra carta, fechada el 15 de octubre en Valladolid, nos produce una penosa impresión, por la sinceridad y el dolor que encierra. La carta dice así: «Mi querido X (el nombre, para el caso, no nos interesa): No he contestado a usted inmediatamente porque, a consecuencia de haber pasado el cólera y unas fiebres, me han quedado los dedos de las manos acalambrados y no puedo sujetar la pluma. Añadido esto al hastío y la humillación en que me dejó la bofetada nacional que me dió el Senado no dándome la pensión, lo cual me daba ya una garantía para poder negociarme algo, me ha hecho vivir en la oscuridad de mi pobre casa, pensando por primera vez en mi vida en el modo más disimulado de quitármela.»

«El abandono y la impotencia en que me ha dejado la ausencia de Madrid de tres o cuatro amigos que pueden aún favorecerme y que han huido de la epidemia y de sus consecuencias, y los desaciertos de nuestros Gobiernos, me han puesto a punto menos que a pedir limosna. El reloj mío y el de Juana, y los regalos y coronas de oro y plata que tenía, están empeñados; porque con los 60 duros del Ayuntamiento tengo que sostener una apariencia de bienestar, sin cuya exterioridad no podría ni tener la esperanza de ser respetado. El presidente del Consejo, Cánovas, y el ministro de Fomento, Pidal, a quienes he escrito, me contestan que tenga unos días de paciencia y que me remediarán a primeros de octubre, época en que me aconsejan que vuelva a Madrid a verme con ellos. Hoy me ha enviado el secretario de la Dirección de Ferrocarriles un billete de a tercera parte de precio, porque

hasta esto tengo que mendigar, y dentro de pocos días volverán los condes de Guadalupe, que me hospedan en su casa; porque no puedo gastar en pagar hotel; e iré a Madrid a ver lo que alcanzo de los editores, a quienes he pedido también y me han prometido darme trabajo. Los de esa también me lo prometen, y el mes próximo sabré mal o bien a qué atener-



mara de Diputados. Y cae un Gobierno y sube otro, y se abren y se cierran las Cortes, sin que su pensión llegue a ponerse a votación. Solamente cuenta para vivir con 30 duros de EL IMPARCIAL y 30 más de EL NORTE DE CASTILLA. Así no puede comprometerse a pagar en el plazo de diez días la cantidad que le pide el negociante. Además, se le exige para su

por tres mil, o por lo que buenamente quieran darle. Pero ¿no podría el negociante esperarse los tres meses que faltan para abrirse nuevamente las Cortes? «Cuando ya voy a tocar el fruto de dos años de fatigas, de humillaciones, de vergüenzas y bajezas indignas de mi reputación, hechas por la honradez y deseo de pagar, me ahoga usted y me envi-

me, sin que me reñuerda la conciencia de no haberme procurado la vida por todos los medios a mi alcance. Mi desánimo es grande y mayor mi humillación; yo soy el único español a quien las Cortes niegan pan con que no morir en un hospital, mientras por falta de legislación mis obras siguen produciendo dinero, al cual sólo yo no tengo derecho.

«Esto no me lo da para negar yo mis deudas; y puede usted estar seguro de que aunque sea de cinco en cinco duros, hasta de los de artículos de periódicos que voy a contratar a cualquier precio, irá usted recibiendo parte de lo que me procure con la fuerza de voluntad que me ha hecho trabajar toda la vida.»

No acaba aquí la carta; pero los párrafos copiados darán a nuestro lectores una idea clara de la situación de Zorrilla.

En otras cartas habla Zorrilla de una pensión que durante un año han decidido pasarle unas señoras de la buena sociedad, entre ellas, la duquesa de Medinaceli. Su dignidad no le permite aceptar esta humillante limosna. «Yo no soy hombre de dejarme mantener por las mujeres, ni de recibir una limosna que no he pedido. El Gobierno me debe una indemnización por haber hecho mis obras cuando no existía ley de la propiedad literaria; pero las mujeres, no.» Tiene, sin embargo, momentos de vacilación. Si las Cortes siguen sin aprobar su pensión (nunca pierde la esperanza de esta pensión prometida por todos los Gobiernos que suben al Poder), aceptará la de las señoras. Por fin, cerradas nuevamente las Cortes, se niega a recoger el dinero. En esta determinación influye también el ruido que ha producido el anuncio de la limosna, da inmensa publicidad que se ha dado a esta limosna y la gritería que con ella han armado los periódicos, hasta el punto de gritarse por las calles: «Los treinta mil reales que le dan a Zorrilla», lo mismo que «La cogida de Frasquel», ha ofendido mi amor propio y ha levantado media España, que está ya ahullando tras de mis treinta mil reales, como si me los dieran para repartirlos con todo el mundo y quedarme yo sin comer un año.» Zorrilla prefiere no cobrar a verse hostigado por los acreedores.

Vamos, a través de estas cartas, conociendo las vicisitudes y sinsabores del gran poeta nacional. Le vemos enfermo del cólera y con ataques epilépticos; con Juana, su mujer, gravemente enferma, sin un céntimo en el bolsillo, acosado por los acreedores, entre los cuales su amigo el negociante no es de los más benévotos, con la obligación ineludible de asistir, enfermo y sin dinero, a las innumerables recepciones y festivales que en su homenaje se organizan en Valladolid y en Murcia; y así, en Murcia le ocurre un pequeño contratiempo, que por ser pequeño no deja de ser desagradable. En dos líneas lo cuenta Zorrilla: «Anteanoche se había organizado una función en obsequio mío por los muchachos de la buena sociedad, en el teatro. Todo fué bien hasta mi presentación; comencé mi primera lectura, que tenía tres estrofas; a la primera, el público me aplaudió mucho; a la segunda, me llenó de flores el escenario; pero el que estaba encargado del telón, creyendo sin duda que había concluido, me echó el telón encima, que felizmente esquivé y no me tocó mas que en un brazo; pero echó patas arriba el velador, los candelabros, el sifón, los vasos y los papeles, que fueron, hechos pedazos, a parar a la orquesta. Puede usted figurarse en lo que paró la lectura y la función.»

¿Comprendéis lo ridículo de la situación? ¿Os imagináis a Zorrilla preparán-

dose para reanudar la lectura de sus sonoros versos, con aquel tono declamatorio y enfático que, según es fama, era peculiar en el poeta; con el escenario lleno de flores y cayéndole encima el telón? Al siguiente día huía, precipitadamente, y sin despedirse de nadie, camino de Madrid.

Entre las cartas de Zorrilla hay algunas firmadas por un tal José N. Conde, que hace las veces de secretario del poeta. Una de éstas, fechada en Valladolid el 10 de marzo de 1887, dice, entre cosas que demuestran que la situación del poeta no mejoraba: «El señor Zorrilla no ha vuelto a escribir a su familia, de cuya manutención me he encargado yo, y tuve que incautarme de los 66 duros mensuales que aquí le da el Ayuntamiento, para evitar el escándalo de que le fuera embargado este sueldo por acree-

dores a quienes en el año 86 no ha podido pagar, por una desdichada cadena de contratiempos inesperados; como desgracias de familia de una persona que desde París le auxiliaba, la enfermedad y ausencia de la señora duquesa de Medinaceli, la suspensión de la pensión que cobraba en Roma, la quiebra y liquidación de dos casas de aquí en las cuales tenía cuentas su señora, y otros afanes que hasta me han hecho temer por su juicio, según la excitación nerviosa en que nos abandonó y la circunstancia de no haber vuelto a escribir a su familia.»

He ahí resumidas las penalidades por que pasó el más popular y admirado poeta de España, a fines del siglo pasado, en los años de 1881 a 1887, comprendidos desde la primera a la última carta de la colección.

Luis MARSILLACH

RELIQUIAS MATRITENSES

SAN FELIPE EL REAL

SE comienza de la calle Mayor, incesantemente profanado por la urbanización moderna, tiene para mí un año-rante motivo devoto que recrudescer con mucha fe al pasar por donde estuvo la mole de San Felipe el Real, y donde hasta hace muy pocos años alzó el severo palacio de los condes de Oñate.

Pocas cosas tan típicas conservaba Madrid como aquellas famosas gradas que eran gaceta de España y escaparate de gentes de toda clase y condición. Por ellas pasó, durante dos siglos, lo más representativo de la República: hidalgos que antes y después de misa juntábanse en tertulia para comentar los sucesos que acontecían en el reino y la marcha de las distintas campañas que sosteníamos con medio mundo, para que medraran los ministros, mientras se holgaba el rey y se arruinaba el pueblo; pretendientes que acudían a la corte, pícaros de naturaleza, arbitristas tan pleróricos de ideas como ayunos de juicio y mendigos harapientos que hacían industria de sus propias lacerias.

Todo ha fenecido, no tanto por la fuerza del tiempo como por el afán innovador; las piedras de las gradas famosas, los muros del templo cortesano y los sillares de la casa linajuda. Hidalgos, menestrales, pícaros y caballeros de industria, fueron empapelados en los libros de Quevedo, Santos, Zabaleta, Castillo Solórzano y Vélez de Guevara; solamente los pobres quedan; no han hecho mas que trasladarse de parroquia.

La devoción extrema de Felipe II (de quien la Iglesia pudo hacer un santo si no hubiera sido un hombre amarrado a todas las pasiones de la carne), fundó aquel monasterio de padres agustinos calzados y le mostró notable predilección.

Las gentes comenzaron a darle preferencia entre los demás templos, y pronto fué el preferido, aunque, a decir verdad, más que por devoción por tiranías de la moda.

Las devotas matritenses holgábanse más de cruzar sus covachuelas y subir sus gradas que las de las Descalzas Reales, el Carmen Calzado o las Monjas de Pinto, porque en ellas encontraban siempre una aduana de cortesía y un almodorazgo de curiosidad entre los asistentes a la lonja.

Los amplios claustros, obra de Francisco de Mora, sobre la traza de Andrés de Nantes, eran gustosamente honrados en

las horas de sol por sus orondas reverencias y los personajes de calidad que acudían a disfrutar de la religiosa cortesía. Y cuando la tarde comenzaba a mostrar pujos de noche, las espaciosas y bien confortadas celdas ofrecían grato refugio y un exquisito chocolate, en el que se reblanqueaban los tiernos y esponjosos bollos de Jesús.

Allí, como miel de la tertulia, se arreglaba el país, lo mismo que ahora se hace en los mundanos cafés; echábanse medias suelas a la política, traíanse a discusión empresas literarias, y de vez en cuando tratábanse arduos problemas teológicos, que hacían tambalearse los austeros principios de San Agustín y de San Juan Crisóstomo.

El púlpito de aquel templo fué celética cátedra del Espíritu Santo; unas veces sirvió de pedestal a predicadores tan notables como el P. Sigüenza y Fray Hortensio Paravicino, y otras de picota a zotes de la ralea de Fray Gerundio, Fray Juan de la Misericordia, el regocijado cura de Cieza y el no menos divertido P. Claret.

Alguno de estos magníficos ejemplares de oratoria sagrada soltó a pulmón lleno, una tarde de miércoles santo, predicando la Pasión del Señor, que cuando Cristo entró en el templo y vió hecha mercadería la casa de su padre (lo mismo que acontecía en los devotísimos tiempos de la casa de Austria, y aun de los primeros Borbones), entró en la iglesia, y tomando unos cordeles que habían sobrado del monumento de Semana Santa, dió tras de los codiciosos e infames mercaderes. Otro tal aseguró, por las órdenes que tenía recibidas, que cuando Nuestra Señora recibió la visita del Arcángel San Gabriel, no estaba, como es uso de comadres, bachelereando con las vecinas, sino rezando con mucha unción y ejemplaridad la devota invención de Santo Domingo.

En fin, muchos sucesos ejemplares e inocentemente sacrilegos pudieran traer a cuento de cuantos pudieron oírse durante tan largo espacio en templo de tanta cortesía.

Al amor de las traídas y llevadas covachuelas que había bajo las gradas, y frente a la mencionada casa de Oñate, celebrábanse en las fiestas del Corpus las primitivas exposiciones de pinturas, y allí fué donde cuenta la leyenda literaria que, contemplando D. Francisco de Quevedo un cuadro de Zurbarán, que representa-

ba a San Jerónimo azotado por unos ángeles, a cuyo pie había escritos estos versos:

Porque a Cicerón leía,
fuerzas azotes le dan
los ángeles a porfía...

añadió el famoso sagitario de los espejuelos verdes:

¡Cuerpo de Dios! ¿Qué sería
si leyese a Montalbán?

No hubo procesión religiosa o cívica, ni acontecimiento notable en Madrid que no pasara ante el famoso monasterio. Así monarcas como azotados, bodas y entierros de personas de calidad, hicieron su rúa por este sitio.

Una noche del cálido agosto salió del dicho templo el sacerdote que había de administrar los postreros auxilios al galán y atrevido conde de Villamediana, que murió de enamorado y de cínico.

Entráronle, sin saber quién fuera, en el zaguán de su propia casa, y allí mismo expiró. Cuando la justicia le registró la ropa, hallóle unas amoriadas redondillas a *Francelisa*, que desta manera solía llamar el difunto a la vedada y funesta dama de sus pensamientos.

Madrid, por la pluma de uno de sus más grandes ingenios, preguntó a las gradas:

Mentidero de Madrid,
decidnos: ¿Quién mató al conde?

Y es fama que ellas respondieron, también por la pluma del mismo poeta, que:

El matador fué Bellido
y el impulso soberano.

Años después, y también por el estío, que se me acuerda que fué en los calurosos días de julio, dos fechas antes del Carmen, apechugó con las nutridas escalerillas un gentilhomme, de tan buena traza y mejor indumentaria, que casi podría figurar como árbitro de elegancia entre los lindos matritenses. Entró en la iglesia y púsose a orar con muestras muy devotas ante el altar mayor.

De allí a poco sacábanle arrastrando hombres y mujeres, magullándole las carnes y destrozándole la ropa a puros chapinazos y torniscones.

Diz que habiendo entrado muy comedido, a poco de estar de rodillas comenzó a gritar, sin duda tomado por las malas artes del demonio.

—Sea por siempre alabado el Santísimo Sacramento del Altar y María Virgen Santísima, concebida con mancha del pecado original.

Conforme íbase extendiendo la especie del sacrilegio crecía el tumulto, y desentaináronse muchas espadas ansiosas de ensartarse en el pecador. Llegaron dos familiares del Santo Oficio, y, pudiéndole arrancar de las iras devotas, condujéronle, muy mal herido, a la cárcel de la Inquisición.

Muchas y notables circunstancias más agolpáronse a la memoria, según voy escribiendo; pero no tengo espacio para dejarlas asentadas. Quédense, pues, en el tintero para otra ocasión el traer a cuento que aquellos claustros fueron honrados por el P. Flórez y el P. La Canal, historiadores insignes; que de allí salió el Padre Cuenca con un crucifijo en la mano y una soga al cuello, intentando contener a los enemigos de Squilache, para acabar en ser caudillo de la plebe enfurecida y su embajador cerca del atemorizado Carlos III; que el hermoso templo fué trocado en cuadra de la caballería francesa, y que en él descansaron hasta su demolición los restos del integérrimo ministro conde de Campomanes, que ahora yacen en la primitiva sacramental de San Pedro y San Andrés...

Diego SAN JOSÉ

Los orígenes de "Carmen"

El asunto de «Carmen» es muy conocido.

Don José Navarro, sargento de caballería en el regimiento de Almansa, encuentra en Sevilla a una gitana, Carmen, la Carmencita. Se enamora locamente de ella y mata a su amante. Después se enrola en una partida de contrabandistas, donde comete nuevos crímenes. Carmen le pospone a un picador, y, celoso entonces, la mata, la entierra con sus propias manos y va a entregarse a la justicia.

Es una novela admirable, obra de un escritor que, años antes, fué elogiado por Víctor Hugo con el más halagador anagrama: «Prosper Merimée. — Première Prose.»

Pero hace unos años rodó por la Prensa el retrato de Mintz Nadushka, pretendida biznieta de Carmen, «Carmen», la auténtica heroína de la celebrada novela.

El hecho fué curioso y, al parecer, bastante extraordinario.

Era para llamar, efectivamente, la

Roger era demasiado fuerte, si bien no absolutamente absurda. Si tantos hombres en la historia se han hecho pasar por hijos de los dioses, ¿por qué no hemos de aceptar a la biznieta de un sér imaginado?

«Carmen» nació en París en 1845. Treinta años después, en París mismo, la gitana española nació de nuevo el 3 de marzo de 1875, en la sala Favart, apadrinada por los señores Meilhac y Halévy... con música del celeberrimo Jorge Bizet.

Fiera, indomable —eso quiere decir el verdadero nombre, «Ar Mintz», del que Merimée hizo Carmen, porque ninguna gitana se llama Carmen en España, según madame Roger—, la única Carmen tras el velo de sus varias encarnaciones, siguió devorando a sus amantes y haciéndoles desgraciados. Bizet, es fama que murió de pena ante el desdén que sintió el público por su obra inmortal, que ahora se aplaude en todo el mundo.

La Carmen auténtica, de carne y hueso, que inspiró la suya a Merimée, fué desdeñosa y cruel. Madame Roger contó en *Le Matin* su historia. Vivía en las inmediaciones de Gibraltar, libre, aventurera. Muy joven se unió con un gitano de su tribu, Yaleo, a quien mataron en un combate los carabineros. No es probable que estuviera en la fábrica de cigarros de Sevilla, dado el carácter de independencia de la

raza contra toda disciplina y compromiso. Fué en Tarifa, donde, presa por contrabando, la dejó escapar Navarro, enamorado ya. Gallardo él y agradecida ella, se amaron pronto; pero entendiendo el amor de distinto modo. El desertó, se hizo bandido, y la rindió raza, honor, todo. Ella, libre siempre, no comprendió un amor exclusivo y permanente. No se entendieron al fin. Tuvo celos él, y la mató.

Una hija de Carmen, Thiecla, casó con un gitano cantor; la hija de éstos, llamada como su madre, casó con un artillero inglés de Gibraltar, Harry Graham, que pusieron en el mundo a Mintz Nadushka, luego madame Roger, por matrimonio con un periodista francés.

Tal es la historia.

Como se ve, esta Carmen debe más a

la novela de Merimée que Merimée a la bisabuela de madame Roger.

«El prototipo de Carmen —dice Auguste Filon— parece que fué cierta gitana encontrada en los alrededores del Generalife.

Esto conviene más al genio del artista y a la técnica literaria de aquel entonces. Merimée conocía muy bien nuestra literatura, que utilizó para simular el hallazgo de un autor dramático y de sus obras en *El teatro de Clara Gazul*.

«Carmen», escrita ya en la madurez literaria de Merimée, cuando ya iba a ser arqueólogo, historiador, fué, como se ha dicho, «una especie de adiós al público: un cese de vocación». El autor ha-

bía vivido en España y la había estudiado bien, siguiendo la tradición de todos los extranjeros de la época que rivalizan en tomar nuestro ambiente para sus creaciones, por la pasión, la novedad y la virginidad de los caracteres, humanos, vivos, palpitantes, sin perturbaciones cerebrales.

Unos años antes de aparecer «Carmen», Jorge Borrow había publicado el insuperable estudio *The Zingari; or the Gypsies of Spain*, donde se muestra todo el espíritu de la raza y el alma misma... de Carmen, la remota y verdadera «Carmen». Carmen, no muerta, sino matadora y triunfante, no de un soldado noble, sencillo, como el vasco Don José,

sino de un hombre inteligente, de tierra más abajo, menos grande y más lleno de arrebatamientos por el místico empeño de hacer luteranos.

La historia del librero de Logroño, que Borrow toma de la olvidada *Didascalia*, de Francisco de Córdova, es conmovedora y profunda.

A mediados del siglo XVI vivía en Logroño un librero, Francisco Alvarez, hombre de mediana edad, sobrio, reservado y, en general, absorto en sus pensamientos. Estaba establecido cerca de la Colegiata; poseía

una buena colección de manuscritos. Conocía casi todos los idiomas, había viajado por todo el mundo y se daba aires de imbécil, renunciando casi al trato humano.

Un sacerdote, cliente suyo, sospechándole hereje, le obligó a franquearse, re-

cibiendo de sus labios la confesión de su vida.

Siendo estudiante, recorriendo España a pie, fué sorprendido por una banda de gitanos, que le hubieran matado a no haberles conmovido por sus talentos en tocar la vihuela. Tras unas ceremonias afrentosas, fué incorporado a la banda, recibiendo por esposa a una hija del jefe. Al morir éste ocupó su puesto. Aquella vida no era la suya. Pasó la banda al Africa, y allí, cautiva en Fez, vivió hasta que, rescatado por un fraile español, llegando a Italia, regresó a Logroño, huyendo de sus antiguos camaradas.

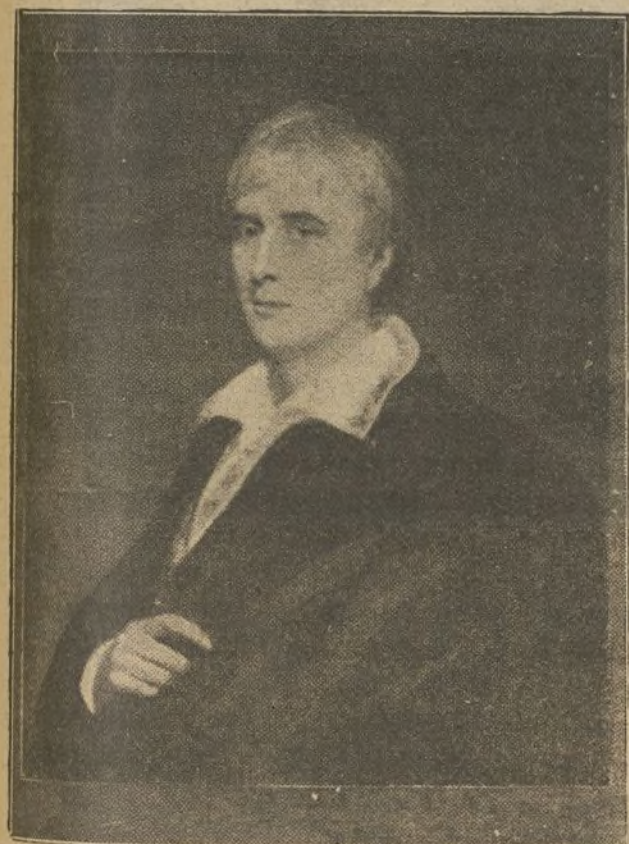
En aquellos momentos estaba inquieto.

Yendo a comprar unos manuscritos árabes a Zaragoza a los PP. Agustinos, al regreso, pasó las noches en unas ruinas, donde, sin ser visto, sorprendió a una banda de gitanos que iba a Logroño con el propósito de envenenar las aguas.

Días más tarde la población sufrió, en efecto, una epidemia que los médicos no podían combatir. Los gitanos estaban en



MADAME ROGER, BIZNIETA DE «CARMEN»



JORGE BORROW. — (CUADRO DE PHILLIPS)

atención que una persona real asegurase descender de un sér imaginado, no por una generación directa, ni mística, sino carnal y en tercer grado.

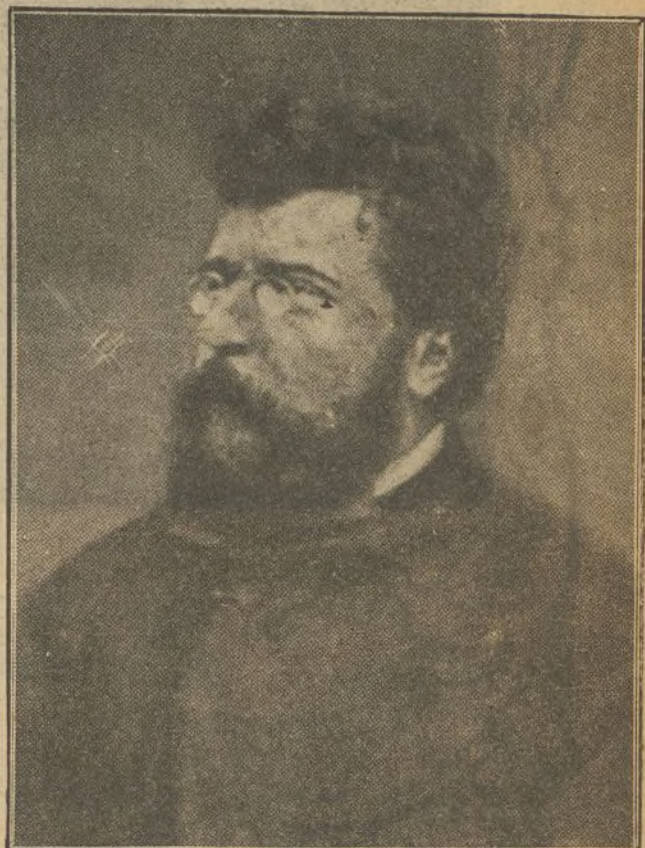
Madame León Roger, que es como debe seguir llamándose esa conocida señora, si vive, afirmando su existencia de carne y hueso, sobre todo de una carne preciosa y bellamente modelada, haciéndose biznieta de una mujer creada por la imaginación, ofrecía un cuadro genealógico para justificar su abolengo artístico, y añadía algunas explicaciones filológicas para esclarecer su filiación y su nombre.

Aparte de un reclamo, había en ello algo de verdad.

El genio entrega a los demás las concepciones que él lleva en su mente, y los demás acaban por verlas en el espacio, como unos seres más que vienen a la vida.

El mundo los da a luz.

Si el vulgo no fuese madre de esos hijos, no podría amarlos, quererlos y encontrarlos del veras en la calle, en el hogar y en todas partes. Allí mismo los ha recogido el genio en una maternidad que a su paternidad procede. Pero, vamos, de todos modos, la pretensión de madame



J. BIZET, AUTOR DE LA ÓPERA «CARMEN»

las afueras de la ciudad. Corrió a denunciar el hecho al sacerdote, que era víctima de la enfermedad, y supo con horror que la banda en cuestión era la que él había dirigido. Se cerraron las puertas a media noche, se armó a las gentes y se esperó a los acontecimientos. De pronto los gitanos entraron en la capital. El pueblo los resistió y mató a la mayoría de ellos; pero Alvarez pereció a su vez. La mujer con quien se había casado en otro tiempo cayó sobre él, con otros dos gitanos.

La venganza se había cumplido.

Esta historia es «Carmen» al revés, y me parece más sugestiva para impresionar a un hombre que seguramente la conoce que cualquier suceso real, donde no se encuentran tantos elementos para hacer la imaginación.

Merimée pudo conocer la obra de Borrow, en Inglaterra mismo, por el trato que tuvo con los primeros escritores ingleses. Ford, el autor de la guía por España, no debió serle desconocido, como tampoco su celebrado editor Murray.

Será una paradoja; pero nada se parece tanto a una cosa como la que es más distinta de ella.

Rafael URBANO



ROMANCES Y INGENUOS CUASIMODO PASTOR

De abrialeñas alegrías
está la sierra colmada.
Por los senderos retozan
las risas de las zagalas,
acordándose a los sonos
de sus rústicas tonadas.
¡Todo ríe, todo vibra,
todo bulle, todo canta...
las flores y los regatos,
los pájaros y las ramas,
el cielo, el sol, el ambiente,
los cordericos, las cabras,
los cortejos, las esquilas,
los pastores, las zagalas...
Dijérase que anda el ciego
diocesillo, de su arcada
disparando sendas flechas,
bien agudas y doradas,
dirigidas contra todos
cuantos topa en sus andanzas...
Y es de ver que los heridos,
en vez de quejarse, cantan,
que suelen tales heridas
ser gloria para las almas...
Sólo un pobre pastorcico
—Cuasimodo con zamarra—
contrahecho de figura,
cercovado por la espalda,
siente la traidora herida
desgarrándole la entraña...
¡Para él no cantan, ni rien,

ni suspiran las zagalas!
En llegando a su presencia,
luego con burlas y vayas
las que le dicen, crueles,
escarneciendo la traza
ridícula que le presta
la corcova de la espalda.
Y así el triste la su vida
solo y afligido pasa,
advirtiéndole que en su pecho,
y allí abrasándole en ansias,
alienta hoguera de amores
que él oculta a las zagalas,
porque luego no le humillen
con sus burlas y sus vayas...
¡Amor! ¡Amor! ¡Cómo llenas
de dolor las pobres almas!...
Tú que con Abril del brazo
por estos picachos andas
ciego, saltarín y niño,
y recorres las cañadas
agrestes y los senderos
que serpean entre matas,
y llenas la sierra toda
de besos y de fragancias,
de coplas y de suspiros
y del rumor de tus alas,
si con el triste te encuentras,
¿por qué de largo no pasas?
¿Por qué, cruel, has de herirle
lo más vivo de la entraña,

si después no han de mirarle
amorosas las zagalas?
¿No ves cuán tierno suspira
cuando cruzan las lozanas
pastorcicas moceriles,
sin brindarle una mirada
de esas que son, por lo dulces
y acariciantes y blandas,
gozo para los sentidos
y regalo de las almas?...
¡Amor, eres implacable
desdeñador de las lágrimas!...
La piedad—rosa y caricia—
pocas veces es tu hermana,
y así hieres con tu aguda
áurea flecha las entrañas
de este pobre zagalico,
—Cuasimodo con zamarra—
sin cuidarte de sus duelos,
ni cuidarte de sus ansias,
y herido y triste le dejas
en estas rocas tan altas
y en el misterio florido
de estas noches estrelladas,
llorando en las silenciosas
soledades de su alma
las burlas de su destino
y el desdén de las zagalas...

Alberto VALERO MARTIN

Ilustración de E. BRAÑEZ.

EL POLLITO Y LA SARTEN

ERANSE unos pobres leñadores que tenían doce hijos.

Por fortuna, cuando el duodécimo chico empezaba a echar los dientes, el primero estaba ya en condiciones de irse por el mundo a ganarse la vida. Después del primero le tocó la vez al segundo, luego al tercero, y así sucesivamente, hasta que los padres se quedaron solos con el más pequeño.

Pero ¡ay! éste era Pedrín, el más travieso, el más holgazán, el más descarado de todos, a pesar de lo cual sus padres sentían por él cierta predilección.

(Debe recordar a mis lectores que esto es un cuento, pues harto sabido es que en la vida a los niños holgazanes, traviesos y descarados no puede quererlos nadie.)

El caso es que Pedrín llegó a los quince años sin haber hecho otra cosa en su vida que destrozarse pantalones, comer como siete y hacer rabiar a su madre.

Como esto, aun en los cuentos, es una preparación insuficiente para el porvenir, el chico se hallaba en la imposibilidad de ganar un céntimo, lo cual le preocupaba, pues ya sabía el muy granuja que sus padres eran capaces de quitarse el pan de la boca para dárselo a él.

A pesar de su predilección por aquel bruhonzuelo, o más bien a causa de ella, los leñadores empezaron a preocuparse.

—Mientras yo viva—decía el padre—, no me importa trabajar para él; pero el día en que yo falte, ¿quién dará de comer a esta criatura?

—Y el día que yo no esté a su lado para zurcirle los pantalones—suspiraba la madre—, ¿cómo se comprará otros si no sabe ganar dinero ni quiere aprender?

Un día en que Pedrín se paseaba por el bosque, buscando nidos, oyó gritos de terror; se subió a un árbol y vio un cochecito de cristal rosa, con capota de encaje, tirado por cuatro caballitos blancos que se habían desbocado y amenazaban destrozarse el lindo carruaje y a quien iba dentro, que era una dama bellísima, vestida de blanco.



Pedrín no vaciló (se me había olvidado decir que entre sus pocas cualidades buenas figuraba la de ser valiente); se precipitó ante los caballos y los paró en seco. La dama, tranquilizada, le dijo las gracias, sonriendo, y dijo:

—Soy el hada Florina; me he dejado olvidada en casa mi varita mágica, y por eso me he visto en peligro, como una simple mortal. Iré mañana a tu casa para demostrarte mi agradecimiento.

Azó los caballos con un ramo de flores que llevaba en las manos, y el cochecito rosa desapareció.

Al día siguiente el hada se presentó en casa de los leñadores, maravillados, que se deshacían en cortesías y reverencias ante la noble visitante. Sacó de una bolsa de raso una sartén y la puso sobre la mesa; dentro de ella había un trozo de carne, que se freía sola; luego sacó un pollito y lo puso junto a la sartén; al momento, el animalillo empezó a estornudar con tal gracia, que los leñadores y su hijo se retorcían de risa.

—Ya tienes la vida resuelta—dijo Florina a su salvador—; irás por los pueblos enseñando estas curiosidades, y si

alguna vez te encuentras en la miseria, puedes comerte este trozo de carne frita; otro le reemplazará inmediatamente en la sartén. Pero te recomiendo que nunca, aunque te ofrezcan lo que sea, te separes de estos regalos míos.

X como esta vez traía su varita mágica,

otro pedazo en la sartén encantada.

Un día llegó a la capital del país y se detuvo delante del palacio real para exhibir sus maravillas. Precisamente en aquel momento la princesa Rosita estaba tomando el fresco en su terraza. Al ver un grupo numeroso de gentes que



más contestación que la de decir «no» con la cabeza. Entonces la princesita, furiosa, prorumpió en un llanto desconsolador, y tuvo una patalata de marca mayor, como niña mimada que por primera vez en la vida ve que se le niega un capricho.

Al ruido acudió el rey, corriendo, resoplando y con la corona ladeada.

—¿Qué te pasa, hija de mi alma?—exclamó.

—¡Ay, papá! Este mal muchacho no quiere venderme el pollito y la sartén.

El rey, escandalizado, no quiso oír más.

—Que cojan a este miserable y que lo encarcelen—ordenó.

Y añadió, enjugando las lágrimas de su hija con la cola de su manto de corte:

—Consuélate, encanto; tú no necesitas comprar nada. El pollito y la sartén son tuyos, como todo lo que hay en este país.

Sin duda, los pollitos y las sartenes tienen un alma; pues éstos—acaso fuera porque estaban encantados—comprendieron perfectamente la injusticia cometida con su amo, y cada cual protestó a su manera. La sartén echó tales torrentes de humo, que toda la corte quedó medio ciega y medio asfixiada, y no hubo modo de quitarla de allí, pues todo el que la quería tocar, aun con toda suerte de precauciones, se abrasaba los dedos. En cuanto al pollito, menudeó sus estornudos con tal ahínco, que todo el mundo, contagiado, se puso a estornudar a más y mejor.

Aquello era espantoso y grotesco; los estruendos de los estornudos llenaban el palacio; durante dos días y dos noches fué imposible hacer otra cosa que estornudar; los caballeros, y el rey más que ninguno, se desesperaban porque tenían hambre y no podían comer; las damas, y la princesa sobre todo, se preocupaban terriblemente, porque sus narices empezaban a enrojecer; además, aquel constipado general y formidable no tardó en agotar la provisión de pañuellos de la ciudad, y al segundo día fué necesario echar mano de las sábanas para sonarse.

—Que saquen ¡atchís!—a ese miserable ¡atchís!—de la cárcel y que—¡atchís!—se lleve sus trastos infernales—¡atchís!...

Pedrín llegó entre dos guardias; entró en el salón de la princesa, cogió la sartén sin dificultad y en el acto el humo desapareció, y un olor delicioso, a asado, llenó la habitación; cogió el pollito, y al instante toda la corte cesó de estornudar y se vió curada de su constipado.

—Vete ya—gritó el soberano, iracundo—y no vuelvas a ponerte ante mis ojos.

—Eso sí que no—exclamó la princesita—; yo quiero el pollito y la sartén, y ya que Pedrín no quiere separarse de ellos, que se quede también en palacio.

—¿Qué pides para permanecer en palacio?—preguntó el rey, resignado a obedecer dócilmente a los deseos de su señora hija.

—La mano de la princesa—contestó Pedrín con su descarado acostumbrado.

El rey estuvo a punto de tener un ataque de indignación; pero ya Rosita se acercaba sonriente y mimosa:

—Me caso contigo—dijo—; pero prométeme que la sartén no me llenará nunca

no bien tocó con ella la pared de la casita, desapareció ante los ojos de los leñadores, asombrados, sin que tuvieran tiempo siquiera de darle las gracias.

El mismo día Pedrín se echó al hombro un talego con el pollito y la sartén dentro, y se despidió de sus padres, prometiéndoles volver pronto cargado de riquezas.

Fué recorriendo pueblos y pueblos, y la mayor parte de las veces la gente, entusiasmada por la sartén que freía sola y por el pollito que estornudaba, le daba cuartos con gran generosidad.

No obstante, hubo veces en que se halló con los bolsillos vacíos. Entonces, siguiendo el consejo de su protectora, se comió el trozo de carne, que estaba riquísimo. Pero inmediatamente aparecía

se refan a carcajadas y lanzaban grandes gritos de entusiasmo y de asombro, dió la linda princesita orden de que le llevarasen a quien causaba tal alboroto.

Pedrín entró en los salones regios con su frescura apstumbada, y sacó la sartén que freía sola y el pollito que estornudaba. La princesa empezó por abrir unos ojos y una boca descomunales; luego lanzó una carcajada fresca y armoniosa como el sonido de una campanilla de cristal, y, finalmente, declaró que quería comprar aquellos objetos maravillosos.

Pedrín se negó a venderlos; la princesa insistió, le ofreció un saco lleno de oro, una corona de perlas, una provincia, y llegó a ofrecerle tesoros inestimables, sin que Pedrín se dignase darle



ca los ojos de humo y que el pollito no me hará estornudar.

Pedrin prometió, y el rey, naturalmente, no se atrevió a decir ni pío.

Se casaron, y Pedrin se apresuró a mandar venir a sus padres al palacio, donde los instaló con todo lujo. (¿He dicho que entre sus contadas cualidades estaba la de tener un corazón de oro? Creo que se me había olvidado; pero ya comprenderéis que de no ser así yo no me hubiera ocupado de él para nada.)

Pedrin y Rosita tuvieron un hijo, e invitaron al hada Florina a que fuese madrina del principito; pero el hada se negó a hacerle don alguno.

—¿Para qué—dijo con mucha razón—necesita este niño tener virtudes ni cualidades de ninguna clase, puesto que ha de ser rey?

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

TRÍPTICO PRONOMINAL

— YO —

Yo y sólo Yo, en los tiempos de mi infancia juvenil, en la mañana de mis días, cuando para mí todo aparentaba amanecer, y al amanecer todo era bello.

Solamente Yo. Un loco egoísmo hacía reflejarse todas las cosas en mí por mí; un panegoísmo hacía salir todas las cosas de mí, para tornar a mí; Yo era un dios de veinte años, y el anciano universo no tenía mas que veinte años.

Mi conciencia omnívota y orgullosa se erigió, desenfadadamente, Principio Único del cual se derivara la conciencia entera, y no había mas que Yo; Yo, el exclusivo sér, la sola sustancia, el origen de toda realidad en mí y fuera de mí.

Y Fichte, expresamente, había dicho: *El yo de cada uno es la sustancia única suprema...*

Nada, pues, existía en sí verdaderamente, sino en tanto que el yo lo conocía, y con conocerlo lo creaba; nada era en sí materia de mi conocimiento, sino sólo el medio de dar a mi yo conciencia de mí mismo.

Yo, divinidad presumida, Júpiter apócrifo y boquirrubio, alfa y omega de mí propio, que me paseaba por la vida como por un cielo rosa!...

Yo era la única sustancia, la única existencia absolutas.

¡Orgullo de los veinte años!

— TÚ —

Mas he aquí un suceso que mi divinidad no había previsto: he aquí que surgiste Tú...

En medio de mi eternidad irrisoria, te apareciste un día, sin que yo te previera...; y, sin embargo, muchos siglos antes yo te amaba...

Un otro dios surgió fuera de mí: Tú, dios más fuerte, diosa, más fuerte que los dioses...

Tú, forma viva de mis complacencias, visión bienaventurada de nuevo cielo; Tú, en quien estaban ya desde antes mi principio y mi fin, ¡oh, carne hecha verbo!

Eras la Belleza. Coincidían en ti todos los tornasoles, todas las transparencias y refracciones celestes; tu ausencia era la noche y tu presencia el día. Presidía tu frente el coro de los astros; la constelación de tus ojos era el centro del universo mundo; tu manto era una nebulosa; y en la fimbria que tocaba tus pies lucían mares y tierras, espumas y flores...

VERLAINE



En el rojo diván del café solitario, ante el vaso de ajeno, el licor visionario, sus rimas y sus sueños va tejiendo Verlaine. Un claro resplandor le circunda la frente; en su cara hay el gesto de un buen fauno riante, mientras el dolor guía su mano en el papel.

Escribe y bebe y sueña y oye el silente cántico con que Lujuria mata su sueño de romántico, y es el viejo café, para él, bosque ideal, poblado de las ninfas más bellas y rosadas, con mágicos encantos y con mágicas hadas. Y suena en sus oídos la flauta del dios Pan.

Verlaine, «maestro mágico» de todos los poetas de las vidas errantes, de las almas inquietas, de los que se consumen de una sed de ideal; peregrino de una bella mentira eterna, arrastrando su triste y anquilosada pierna marcha hacia su palacio de invierno: el hospital.

Fernando IGLESIAS FIGUEROA

¿Dónde estaba ya la arrogancia de mi arrogancia y la voluntad de mi voluntad? ¿Dónde estaba lo que había en mí de mí, si realmente yo no era ya sino en Ti por Ti y para Ti?...

No había más yo que Tú.

Tú: esta es la más bella palabra de los amantes, la tierna palabra que vale por el nombre dulcísimo de quien amamos; Tú quiere decir el imantado norte hacia el que se precipita nuestra vida, en el que está entera nuestra alma y entero nuestro yo, que ya no es nuestro... En los verdaderos amores no hay más que tú...

Así existías, única y soberana.

Existías, o yo te había creado, tal vez.

Como Brahma, yo había creado contra mí; yo te había formado, por extravío con que me negaba a mí propio; y como Brahma, quedábame para expiar mi pecado, con la penitencia de dejar de ser dios y endiosarte a Ti.

Fué Amor el que me venció y suplantó.

Tus ojos, luz del mundo; tu boca, ordenadora suprema; tus manos, divinas, que inefablemente me humillaron; tu seno, donde me perdí y cesé hasta anonadarme; los gajos de tus cabellos y los módulos de tu risa, eran para mí vehementes motivos de jaculatoria.

Vencióme el Amor, el cual me refundió en Ti, el cual hizo que nos compenetráramos tanto y de tal manera, que dejamos de ser dos para convertirnos uno solo...; y ese uno eras Tú... Ya no había nada mas que Tú, Sola Tú, ante quien yo, después de ser dios, doblaba mis rodillas... Cuando te conocí y te amé ya no era nada mas que Tú, Sola Tú...

— ÉL —

Pero Tú y Yo cedimos. Triunfó de ambos el Amor, que crea y niega a las deidades: ya no soy yo, ni eres tú...

¡Ya sólo es El!

El, rosado como el rosa mismo de las rosas; El, tiernezuelo y ágil y revoltoso, los ojos como dos perlas nuevas, los carrillitos como dos manzanas, los bracillos locos y las piernezuelas rebeldes y veloces.

Ligero es e inquieto y enamorado de la claridad y de los colores, como un lepidóptero; parlero y volatón como los gorrioncillos de este año. El es síntesis de nuestros amores; el beso de la especie, y nuestro beso; nuestra vida, que ya no morirá con nosotros... El es nosotros mismos: nuestro yo en miniatura.

¡Es El!

Yo no soy Yo, absolutamente; pues que

tú me negaste, y pues que este otro dios ha nacido... Tú no eres Tú; que todas tus esencias ¡oh, amada! y todas tus potencias se confunden y desaparecen en El.

Vivimos sin vivir en nosotros, y si vivimos, es para adorarle.

¡Ay, qué gracioso, qué gentil, este diosillo!...

Coinciden en El todas nuestras miradas, y mirámonle cómo rebulle, cómo nos alarma, cómo mete las narices en el tintero... ¡y cómo se pone!...

¡Eh, cuidado! Podrá caerse, podrá hacerse daño ese amor de nuestro amor, que es dios absoluto de nuestro culto, nuestro más alto cariño... Pero, bájale, bájale de la mesa: no le abandonemos un instante los que, con solicitud esclava, miramos por El.

¡Por El, por El! Ya no somos tú ni yo... ¡No hay más que El, y Solo El!...

José BRUNO

EL SEÑOR GREGORIO

No crea el lector, viendo este título, que va a leer un artículo festivo cuyo protagonista sea algún castizo tipo popular. Se trata simplemente de una modesta gaceta robada (y el verbo viene aquí que ni pintado) a la sección diaria en que el periódico da cuenta de hurtos, gatos por liebres y otros arbitrios, generalmente cómicos, de la codicia humana, que dan que trabajar a jueces y escribanos.

Hace unas semanas llegó a nuestro poder una poesía de un colaborador espontáneo: don Angel de Gregorio. Este don Angel, que por las señas debe de ser el mismo don Diablo, la acompañaba de una carta en donde, echando por delante su juventud y su ansia de llegar, daba un aldabonazo «a nuestro recto espíritu», que hace justicia al mérito, y otro, por si ese no bastaba, «a nuestra natural bondad», que ayuda a los noveles, para que se abriesen las puertas de Los LUNES a la composición. Y, claro está, como nosotros somos — ¡álábase, hijo! — la flor de la bondad y la justicia, se insertó la poesía, titulada «El Soneto», en el suplemento del 24 de abril.

Compareció en nuestra Administración don Angel, y cobró unos dures. A los dos o tres días, siguiendo el rauda vuelo a que de pronto le ensalzaba su sino literario, el señor Gregorio estrenó en el Español, en la campaña de autores noveles, una comedia que se llamaba *La única verdad*. La crítica se permitió poner ciertos reparos a la obra. ¡Nunca lo hubiera hecho! El señor Gregorio replicó en *La Tribuna* que él, de la crítica, no tenía nada que aprender. El señor Gregorio, en dos días, en unas horas, se columpiaba olímpico en las jupiterinas nubes de la inmortalidad.

Y he aquí que, de repente, ha dado un batacazo. Porque sucede que aquella poesía que apareció en Los LUNES está, con todos sus puntos y comas, en el volumen titulado *Libro de las canciones*, del distinguido periodista murciano Pedro Jara Carrillo, que hace diez años que lo publicó, y a quien pensamos que el señor Gregorio, a la hora de la muerte, restituirá las viles pesetejas que le valió *El Soneto*, si Dios le da un punto de contrición.

¿De quién resultará ahora que es *La única verdad*? Por de pronto, ya esa verdad no es la única; hay otra, incuestionable: la de que el señor Gregorio es un fresco.

No hemos tenido el gusto de ver nunca

En fin, ni en esta Casa ni ante las candidas. El solo dato que recientemente he logrado averiguar de su persona, aparte del de que se trata de un varón de edad proveya, es que se ha presentado en Madrid cuatro veces candidato a concejal. Ahora nos lo explicamos.

*

Mot de la fin (como se decía antes):

Un guardia conduce ante el juez a un joven de cuarenta y cinco años y con más barbas que un anacoreta. El joven de cuarenta y cinco años lleva en la mano un «remontoir».

EL JUEZ.—Pero, hombre; ¿cómo se ha dejado usted coger en el garlito?

EL DETENIDO.—Perdone usted, señor juez; es que soy novel.

J. L. B.

AWADSI NORI

El buque neerlandés encontrábase ya en aguas japonesas. Campón, junto a la borda, admiraba, un poco deslumbrado su delicadeza artística, el panorama arbitrario y magnífico que se mostraba en torno de él. El golfo Yedo abría, lamiendo suavemente con sus aguas verdes y limpias las rocas negruzcas, tintadas de ceres. El cielo, de un azul muy intenso, lucía espléndido, y las embarcaciones indígenas—en grupo poligrómico—junto a las elegantes embarcaciones inglesas, holandesas y americanas, ponían gran parte en la nota pintoresca del paisaje.

Delante del golfo, seis islillas minúsculas vivían su apartamiento, destacándose entre todas la linda Myakesima, siempre pomposamente cegadora en su blancura de nieves eternas.

Veíase también el cabo Idson; veíanse las lenguas escarlata del fuego que despedían los volcanes de Ohosina; veíase la población soñadora y triste de Simoda, bajo un cielo de melancolía, y, dominando toda esta grandeza, la montaña

inmensa de Jusiayama, rodeada de sus vasallos, las pequeñas colinas Akoni...

Embocó la embarcación por el promontorio, bordeándolo, hasta descubrir el puerto de Yokoama, la ciudad niponesa... Las casas blancas, de madera frágil, formaban semicírculo, alternando con los pabellones de los consules; los juncos indígenas doblábanse sobre los almacenes de las Aduanas, balanceándose, y de vez en vez, izada en lo alto de algún pabellón lujoso, flameaba la bandera del Japón, con el escudo de armas en el centro: fondo blanco y globo escarlata.

Campón desembarcó, dirigiéndose al barrio de Benten, situado en un extremo de la playa...

¿Adonde iría? ¡Bah! El no lo sabía a ciencia cierta. Un día, en un *Thea Room* de Londres, escuchó a unos europeos hablar de esta ciudad extraña. Hablaron de Yokoama y de una adorable mujer, famosa allí por su hermosura; la pequeña Awadsi Nori, como dijo uno de los charlatanes. Lo exótico del nombre le hacía a Campón recordarlo. Allí, en el *Thea Room*, sintió empeño por conocer la ciudad lejana; ahora, en Yokoama, y sin apenas curiosidad por nada, ¿no era lógico conocer también a su belleza, la pequeña Awadsi Nori?...

Preguntó por ella a un francés que encontró al paso:

—Cabalmente, en aquella casa vive—le respondió el francés, y siguió su camino.

Pedro Campón, sorprendido, permaneció unos minutos parado frente a la casa, mirándola absorto. Era una construcción, de estilo caprichoso, que indicaba una morada mitad señorial y mitad coquetona. Gruesos muros rodeaban el jardín; un portal, formado por dos columnas y un travesaño de madera encima, barnizado de negro, con adornos de cobre, daba entrada a un gran patio; veíanse, además, varias construcciones pequeñas, que comunicaban cierto carácter antiguo a la residencia. Detrás, elevábanse pinos, cubiertos de verde ramaje, y cedros magníficos... Violetas sin olor bordeaban los senderos del jardín. Pedro entró en él.

Un mombans le salió al paso, haciéndole reverencias sin cuento, y después,

acercándose a una especie de escudo, comenzó a dar martillazos.

Campón siguió resueltamente camino adelante, y una mujer pálida, sencilla, ataviada delicadamente, alargándole la mano a estilo europeo, se la dió a besar.

—Tú eres español, aunque no sé quién eres ni cómo te llamas. Pasa; mi casa es tuya.

En un amplio salón, de exorno sencillísimo, tapizado de seda, tomaron descanso. El, junto a ella, casi tendido a sus pies; sobre un cojín, una tetera, pipa y tabaco preparados...

Charlaron. Ella no le preguntó nada de su origen. Tan sólo:

—Tu arte, europeo, ¿cuál es?

—Soy pintor; pero el arte que verdaderamente siento es la poesía. ¿Sabes tú de poesía, menuda Awadsi Nori?

Rió la espléndida japonesa.

—Aprendí el español leyendo a vuestros poetas...

Llamó a un criado, y éste vino.

—Es tó, ¿sabes?, mi criado. Tan joven que aun no le afeitaron el cabello hasta la coronilla.

Se volvió al criado:

—¿Tcha arimaska?

—Arimas—respondió, gutural.

Marchó. A poco tornaba con servicio de té, y salió de nuevo.

—Cuéntame algo de ti, de tus aventuras.

—¡Bah, mis aventuras no dicen nada! Cuenta tú primero, japonesa, alguna leyenda de tu país caprichoso.

Y fué complaciente. Le relató el cuento de aquel chino al que robaba un japonés para hacer experiencias extrañas; un robo cometido entre fuego, por un hombre vestido con un pantalón encarnado. Le contó la leyenda del héroe de Yamato, que domó a la hidra de ocho cabezas, a la cual se sacrificaban vírgenes de sangre real...; le habló del famoso abanico de madera de cedro, que pasó de un mikado a otro como algo legendario...; le dijo las leyendas de la garza de blanco plumaje, y del mono pardo de la cara roja... Le quiso hablar también de poetas, de aquel inmenso Kose-Kanaoka, pintor y dueño de las musas...

—Tus poetas, pequeña japonesa, no me

despiertan curiosidad ninguna, después que leí al maestro de todos.

—¿Y es?...

—Es el único: nuestro Rubén Darío... ¿No le conoces? ¿No sabes ninguna de sus rimas? ¿No? Entonces, japonesa, menuda Awadsi Nori, no sabes de la poesía del amor, de la sensualidad y la tristeza... Escúchame...

El dueño fui de mi jardín de sueño, lleno de rosas y de cisnes vagos; el dueño de las tórtolas, el dueño de góndolas y lirios en los lagos.

Y muy siglo dieciocho, y muy antiguo y muy moderno; audaz, cosmopolita; con Hugo, fuerte, y con Verlaine, ambiguo; y una sed de ilusiones infinita...

Ha cerrado la noche... La lumbré del té se extinguió lentamente, y en el interior del recinto japonés apenas penetra la luz... Reina la poesía, hija de Dios...

Los versos brotaron del corazón de Pedro, rozando nada más los labios del recitador, para que la linda Awadsi Nori, al recogerlos, les comunicara su perfume...

Han salido al jardín, que duerme su silencio. La hermosa, bajo la protección de unos nenúfares y unas cañas, entre los cedros, se ha adormecido en ideal reposo. Junto a ella, el poeta arbitrario, el pintor, nuestro artista, adora y recita...

Un airecillo suave conmueve a los árboles... Caen las hojas muertas sobre el pecho de la soñadora.

—¿Qué es?

—Son las hojas, pequeña Awadsi Nori; las hojas de oro, que decía mi poeta...

—Pues dime tú, mi poeta de hoy, cómo decía el tuyo... Dime.

—Rubén Darío, japonesa, mi adorada de hoy, decía así:

Hoja de oro rojo, mayor es tu valía, pues para tus colores imperiales evocas, con el triunfo de otoño y la sangre del día, el marfil de las frentes, la brasa de las bocas...

Acabó la poesía, y un amor nuevo se daba a la vida...

Domingo M. de LABRA



Vista del comedor del Hotel de París.

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Braserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

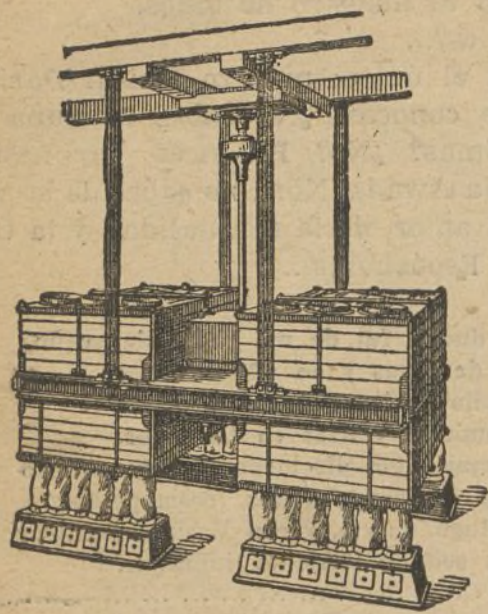
= D. Manuel del Valle Díaz. =

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

BÓVEDA

(Lugo)



BUHLER HERMANOS

Calle de Atocha, 36
MADRID

Instalaciones completas, Máquinas y Aparatos para
Silos, Descargadores y Transportadores mecánicos y neumáticos.
Fábricas de Pastas Alimenticias.

Fábricas de Malte y de Cerveza.

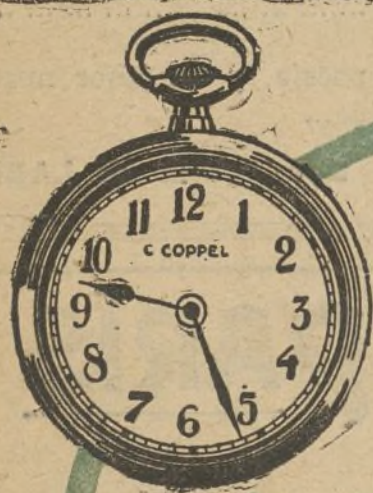
Tejerías Mecánicas.

Fábricas de Ladrillos sílico-calcareos.

Máquina rotativa plana de imprimir "Duplex".

Especialidad en instalaciones y transformaciones de
FÁBRICAS DE HARINAS
CON MODERNO DIAGRAMA

~~~~~ PIDANSE CATÁLOGOS Y OFERTAS ~~~~~



LOS PRODUCTOS  
DE LA  
FÁBRICA DE RELOJES  
DE

## C. COPPEL

MADRID-FUENCARRAL, 27  
REUNEN LAS CUALIDADES DE  
EXACTITUD, SOLIDEZ Y ELEGANCIA

*Certificado de garantía  
con cada reloj.*



## Manuel López

FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17

Ayala, 60

# ¡EUREKA!

siempre será el mejor calzado

**11-NICOLÁS MARÍA RIVERO-11**

A. E. G. Ibérica de Electricidad, S. A.

Dirección-Madrid: Nicolás María Rivero, 8 y 10.

Sucursales: Madrid. — Barcelona.

Bilbao. — Gijón. — Sevilla. — Valencia.

Zaragoza.

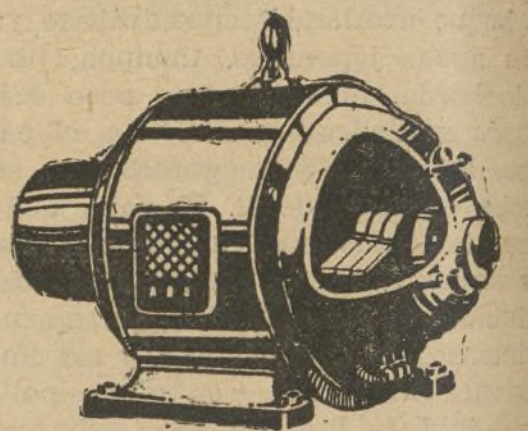


Grandes existencias recibidas  
recientemente de Alemania en

## ELECTRO-MOTORES

de corriente continua  
y alterna trifásica.

SUMINISTRO INMEDIATO



# CALLOS

Si sufre usted de los pies  
es porque quiere. Compre  
hoy un tarro del patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-  
ted libre de callos y du-  
rezas, juanetes y ojos de  
gallo. Pruébalo y quedará  
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en  
farmacias